

ADELANTE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre..... 2'00 ptas.
Mes..... 0'75 »

AÑO II.

NUM. 64.

SE PUBLICA LOS MIERCOLES

DAIMIEL 2 DE ABRIL DE 1924

PAGO ANTICIPADO

COSAS QUE FUERON

(EL CASTILLO DE MALAGON)

Hay en un pueblo de la Mancha, frente a un viejo convento que fundara la doctora de Avila, a la derecha del camino Real de la Plata, un vetusto castillo cuyos muros fueron un dia albergue de hidalgos castellanos, y hoy son hostel de hampones y galloferos.

Sobre la cumbre de una colina de áspera pendiente, aún desafían sus viejos paredones la furia del tiempo y la cólera de los hombres, que ven impasibles cómo se derrumban esos gloriosos monumentos, esos sagrados despojos de una antigua civilización, sin que en sus almas surja la protesta, sin que sus manos se apresten a contener el vandalismo que borra, un dia tras otro, las hermosas páginas escritas por el heroísmo de nuestros abuelos al pié de esas ruinas históricas.

Desde el altozano en que asienta su base, domina, con la arrogante bravura de un viejo sultán, el caserío desparramado a sus plantas, que es harén en que se miran sus ojos y diadema que ciñe su orgullo de viejo guerrero.

Y es tan rancia su estirpe, que ya en tiempo de los Césares, fué castro que vió pasar a los legionarios invencibles, y después, en los siglos de Emires y Califas, supo de amores y leyendas moras, bellas como los cármenes granadinos, como los ojos de sus sultanas, como las trovas de sus juglares.

Ante él pasaron los vencidos de Alarcos, fugitivos sobre sus corceles veloces, con espanto en los ojos y rabia en los pechos, que fué aquella trágica jornada de la Cruz y orgía de sangre cristiana para las hordas musulnicas.

Al pié de sus muros durmió el ejército de Las Navas, y sus bóvedas oyeron las cortesanas de los aventureros galos, la ruda parla de los teutones y el habla dulcísima de los señores de Roma, todos galanes, todos rendidos a la sobria belleza de la Castellana.

Y cuando en las noches serenas, el alma del viejo castillo—que también las cosas tienen su alma—, salmodia sus quejas, diríase que se oye el llanto angustiado de sus nobles señores, poetas y guerreros, añorando los tiempos que fueron, de gloria y riqueza, base de su poderío.

Y cuando en las noches tormentosas, rugge el huracán y azota la lluvia furiosa, se oyen en el viejo castillo recias estrofas vibrantes de rabia y furor, que cantan las almas de los que murieron en el asalto de sus paredones, sin pensar, tal vez, que en el mundo haber pudiera tanto olvido y doblez.

Y pasa el gañán cantando una copla de amores caballero en la yunta que dirige hacia el tajo, y mira al sostayo y hace la cruz, pues cree su ignorancia que aquél es asilo de brujas, fantasmas, dragones y endriagos, que vienen al mundo a poner en las almas espanto, tristeza y horror.

Y pasa el letrado, el hombre que debe saber, y encógese de hombros y sigue su marcha, pues cree su egoísmo que aquello es miseria, carroña de cosas que fueron y ya no serán; que sabiendo el letrado Retórica, no sabe poesía y juzga ridículas las sensiblerías que no dán dinero, que no son partidas del Debe y Haber.

Mas, pese al zafio y al culto, yo te venero, ¡oh castillo!, y siento por tí el legítimo orgullo que debe sentir el que ame a la Patria que tú representas, que tú defendiste, que supo escribir en la historia las más bellas páginas de gloria y valor, y siento mi alma inflamada en santo furor al ver que los hombres dejan hundirse en el polvo, esos épicos cantos que con sangre escribieron los héroes que fueron, desde Sagunto hasta el Bruch.

Enrique Fuentes.

